

# En la enseñanza de la deontología periodística

*Ana Azurmendi*

*Profesora Agregada de Derecho de la Información. Facultad de Comunicación, Universidad de Navarra.*

El Beato Josemaría impartió clases de Ética general y moral profesional durante el curso 1940-1941, en Madrid, en unos “Cursillos de especialización para periodistas” que enseguida darían origen a la Escuela Oficial de Periodistas<sup>1</sup>.

Son pocas las biografías sobre el Fundador del Opus Dei que mencionan este hecho<sup>2</sup>, e insignificantes las referencias en las memorias publicadas por algunos de los que convivieron con él durante esos años<sup>3</sup>. Sin embargo, las breves alusiones que se hacen son esclarecedoras de la predilección de Josemaría Escrivá por el periodismo. Así, Andrés Vázquez de Prada afirma que lo que movió al Beato Josemaría a aceptar aquellas clases fue «la importancia relevante que con-

<sup>1</sup> Estos Cursillos de Especialización de Periodistas fueron creados por Orden del Ministerio de la Gobernación de 24 de agosto de 1940 («B.O.E.» 257, de 13 de setiembre); por otra Orden de 17 de noviembre de 1941, de la Vicesecretaría de Educación, se creó la Escuela Oficial de Periodismo. La continuidad entre unos y otra es tal que Pedro Gómez Aparicio, secretario de los “Cursillos”, en un artículo homenaje publicado en “La Hoja del Lunes” de Madrid, el 14 de julio de 1975, habla de los treinta y cinco años de la Escuela Oficial de Periodismo, incluyendo el curso 1940-1941. En 1972 comenzarían las primeras Facultades universitarias de Ciencias de la Información en España.

<sup>2</sup> Biografías que hacen referencia a esta actividad del Beato son: A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei. Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer (1902-1975)*, Madrid 1983, pp. 220-221; A. SASTRE, *Tiempo de Caminar. Semblanza de Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer*, Madrid 1989, p. 251.

<sup>3</sup> Entre las memorias de fieles del Opus Dei que convivieron con el Beato: F. PONZ, *Mi encuentro con el Fundador del Opus Dei. Madrid, 1939-1944*, Pamplona 2000, p. 76.

cedía a las normas morales en toda sociedad, en especial la veracidad informativa»<sup>4</sup>; mientras que Ana Sastre da una somera información sobre el contenido de aquella materia *Ética y moral profesional*: enseñó «a los futuros profesionales la trascendencia de su trabajo y las normas que lo convierten en un gran servicio humano y cristiano a toda la sociedad»<sup>5</sup>. Francisco Ponz, que vivía entonces con el Beato Josemaría en la Residencia de Estudiantes Jenner<sup>6</sup>, habla de las peculiares circunstancias de aquella actividad docente del Beato Josemaría: «sin dejar de satisfacer las peticiones de los obispos y de atender otras actividades pastorales, se desvivía y gastaba de modo incansable, hasta el agotamiento físico. Por si esa extenuante dedicación fuera poco, aún aceptó añadir la tarea de colaborar durante ese año 1940-1941 en los Cursos de Especialización para Periodistas, antecedente inmediato de la Escuela Oficial de Periodismo, en Madrid, como Profesor

<sup>4</sup> A. VÁZQUEZ DE PRADA, cit., p. 220.

<sup>5</sup> A. SASTRE, cit., p. 251.

<sup>6</sup> Comenta José Orlandis sobre la Residencia de Estudiantes de Jenner y sobre los fieles del Opus Dei de entonces: «Vivían [...] en Jenner una treintena de residentes, entre ellos la mayor parte de los miembros del Opus Dei residentes en Madrid, lo que en aquellos momentos equivalía a decir casi todos los que integraban la Obra. Me llamó la atención la recia personalidad de aquellos hombres, todos jóvenes y de los cuales sólo unos pocos habían alcanzado los treinta años: Isidoro Zorzano, ingeniero industrial, el miembro más antiguo de la Obra, el fisiólogo Juan Jiménez Vargas, el químico-físico José María González Barredo, el arquitecto Ricardo Fernández Vallespín; y José María Albareda, el gran propulsor de la investigación científica española, que había solicitado la admisión en la Obra en las catacumbas del trágico Madrid de 1936-1937. Otros eran todavía más jóvenes, como Álvaro del Portillo, el Secretario General del Opus Dei —cuya existencia pasaría a la historia inseparablemente unida a la persona del Fundador—, y el ingeniero de minas José María Hernández Garnica, gravemente enfermo de resultas de las penalidades sufridas en las cárceles republicanas durante la Guerra civil. Lejos de los treinta años quedaban el matemático Francisco Botella o Pedro Casciaro, su compañero de estudios en Ciencias Exactas y Arquitectura, principal responsable de la decoración de la Residencia, persona de fino humor y consumado buen gusto, cuyo padre, catedrático de tradición familiar liberal-republicana, había tenido que exiliarse al finalizar la Guerra de España. Más joven todavía era el historiador Vicente Rodríguez Casado, que sería luego el creador de la Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla y de la Universidad de La Rábida. Estos y algún otro pertenecían al Opus Dei desde hacía varios años; pero en Jenner conocí también a algunos miembros de la Obra que acababan de solicitar la admisión. Entre ellos estaba el jovencísimo Fernando Valenciano aspirante al ingreso en la Escuela de Caminos, y José Luis Múzquiz de Miguel, que era ya desde antes de la Guerra ingeniero de Caminos, Canales y Puertos; también Fernando Delapuenta, ingeniero industrial que llegaría a ser un pintor bien conocido y entonces era director de una azucarera; y todavía un estudiante de Ciencias, el oscense Francisco Ponz Piedrafitá, que con el tiempo sería catedrático de la Universidad de Barcelona y Rector de la Universidad de Navarra». En *Años de juventud en el Opus Dei*, Madrid 1993, p. 66.

de Ética y Deontología, enseñanza que dejó en sus alumnos un recuerdo inolvidable»<sup>7</sup>.

## 1. 1940-1941 AÑOS DE CRECIMIENTO Y DE CONTRADICCIÓN. TIEMPO DE LA DOCENCIA DEL BEATO JOSEMARÍA EN LOS CURSOS DE ESPECIALIZACIÓN PARA PERIODISTAS

¿Qué era lo que absorbía “hasta el agotamiento físico” a Josemaría Escrivá? Los testimonios que existen de los años 1940-41 ofrecen datos de indudable interés. Conocerlos ayuda a valorar la participación del Beato Josemaría en los Cursos para Periodistas.

Los años 1939-45, inmediatamente posteriores a la Guerra civil española, son años de una intensa actividad del Fundador del Opus Dei. Al restablecerse la paz en España, regresa a Madrid. Comprueba que de la Residencia de Estudiantes de Ferraz no queda piedra sobre piedra<sup>8</sup> y reinstala una nueva Residencia Universitaria en la calle Jenner n° 6. José María Casciaro cuenta en sus memorias que junto a «las salidas a provincias durante la segunda mitad de 1939 y todo el curso escolar 1939-40, en el verano del cuarenta se abrieron, a partir de quienes vivían en Jenner, tres centros más de la Obra: en Valencia, la Residencia Universitaria de Samaniego; en Madrid, en septiembre, el centro de la calle Martínez Campos n° 15, para la atención apostólica de quienes habían terminado sus estudios; y, en octubre, el chalet de Diego de León, n° 14, esquina a la calle Lagasca»<sup>9</sup>. José Orlandis<sup>10</sup>, a su vez, testimonia que las frecuentes salidas frecuentes del Beato a provincias eran viajes de carácter apostólico en los que atendía personalmente a cuantos acudían a él.

<sup>7</sup> F. PONZ, *Mi encuentro...*, cit., p. 76.

<sup>8</sup> P. CASCIARO, *Soñad y os quedaréis cortos*, Madrid 1994, p. 122.

<sup>9</sup> J.M. CASCIARO, *Vale la pena. Tres años cerca del Fundador del Opus Dei: 1939-1942*, Madrid 1998, p. 142. Esta instalación de centros se hizo con escasez de medios. Tanto CASCIARO, como ORLANDIS, como PONZ, hacen mención en sus memorias del hambre y del frío que pasaron por la falta de dinero. Orlandis dedica ni más ni menos que un capítulo de sus memorias al hambre (p. 134 y ss.) y otro al frío: «En la casa de “Donadío” (era como llamaban a la casa de la calle Diego de León) con sus grandes ventanas y habitaciones amplias, la temperatura era glacial. Guantes de lana trataban de proteger los dedos de unas manos cubiertas de sabañones. Ni un solo día se encendió la calefacción, porque faltaba el carbón y el dinero para comprarlo.», p. 123.

<sup>10</sup> J. ORLANDIS, *Años de juventud*, cit., pp. 84-85: narra con detalle uno de estos viajes a Salamanca y Valladolid en febrero de 1940, en los que, junto a Pedro Casciaro, acompañó al Beato Josemaría. También P. CASCIARO, *Soñad...*, cit., p. 190.

Además, el verano de 1940 tienen lugar en la residencia de Jenner la segunda y tercera Semana de Estudios o de Trabajo —la primera se había organizado ese mismo año—. Comenta José Orlandis en sus memorias que participaron «casi todos los miembros del Opus Dei, incluidos los que habían solicitado la admisión en los últimos meses no sólo en Madrid, sino también en otras ciudades por las que se había extendido la labor, como Barcelona y Valencia, Valladolid o Zaragoza» [...]. Fueron unas jornadas de intensa formación [...] El Padre dedicó generosamente su tiempo y sus fuerzas a aquellos hijos: les hablaba durante horas enteras, en meditaciones y charlas, clases y tertulias; y conversaba también con cada uno, para atender como convenía a sus concretas necesidades personales. [...] El número de miembros de la Obra se había multiplicado por cuatro o cinco, en relación con los existentes al final de la contienda»<sup>11</sup>.

Álvaro del Portillo menciona también los numerosos ejercicios espirituales que el Beato Josemaría, a petición de obispos españoles, dirigiría esos años en distintas provincias<sup>12</sup>.

Pero no sólo la formación de los primeros del Opus Dei, la actividad apostólica, la apertura de centros en Madrid y en otras provincias, la atención a las solicitudes de los obispos marcarán los tiempos y ocupaciones de Josemaría Escrivá: esos años fueron también momentos de durísima contradicción contra un Opus Dei que, desde el punto de vista humano, era nada. Señala a este respecto el primer sucesor del Beato Josemaría, Álvaro del Portillo, cómo «a finales del 1939 y comienzos de 1940 arreciaron las calumnias contra el Opus Dei y su

<sup>11</sup> J. ORLANDIS, *Años de juventud*, cit., p. 95.

<sup>12</sup> A. DEL PORTILLO, *Entrevista sobre el Fundador del Opus Dei*, realizada por Cesare Cavalleri, Madrid 1993, p. 211. Se refiere también a esta actividad del Beato Josemaría, el cardenal Marcelo GÓMEZ MARTÍN, Arzobispo de Toledo y Primado de España: «[...] al comienzo de los cuarenta, obispos de toda España, conocedores de su santidad y su preparación, le llaman para predicar numerosos cursos de retiro sacerdotales: hay años en que más de mil sacerdotes escuchan sus palabras vibrantes, que calan hondamente en los oyentes. A un clero que, en los años anteriores, había sufrido la dura prueba de la guerra, Don Josemaría Escrivá de Balaguer le plantea, con garra y con tono positivo, una vuelta a las fuentes de la eficacia pastoral. Fue, entonces y siempre, un campeón de la santidad sacerdotal. Urgió con fuerza el amor a la Iglesia, el sentido de la unidad con el Obispo, la dedicación plena a la misión de las almas. Contribuyó poderosamente al desarrollo de un clero auténticamente diocesano, bien preparado, consciente de su peculiar vocación.» En su artículo *La huella de un hombre de Dios en Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer y el Opus Dei: En el 50 aniversario de su fundación*, Pamplona 1985, p. 389. Cfr. F. PONZ, *Mi encuentro*, p. 76, J.M. CASCIARO, *Vale la pena*, cit., pp. 169-170, y J. ORLANDIS, *Años de juventud*, cit., pp. 126-127. En estos dos últimos libros se menciona esta dedicación a los sacerdotes al hilo de la muerte de la madre del Beato Josemaría, pues éste se encontraba precisamente predicando unos ejercicios espirituales para sacerdotes en Lérida.

Fundador. Al principio no quería aceptar que era el blanco de una verdadera campaña denigratoria; pero, ante la evidencia de las pruebas, no tuvo más remedio que admitirlo. La Obra era acusada de herejía, de conspirar clandestinamente para encaramarse en el vértice del poder, de masonería, de antipatriotismo, etc. [...]. No se trataba de hechos aislados, sino de una auténtica campaña; quienes promovían estas calumnias no dudaron en acudir a las más altas esferas de la jerarquía eclesiástica, para sembrar desconfianza y sospecha respecto de la Obra y el Padre. Otras incomprensiones provinieron de familias, pocas ciertamente, de los chicos que frecuentaban las actividades apostólicas de la Obra, o de las de los propios miembros del Opus Dei. Casi siempre, en el origen de estos problemas, aparecían algunos religiosos que no vacilaban en difundir sospechas y desconfianzas: lo hacían desde el confesionario o yendo a visitar a las familias para ponerlas sobre aviso. Más de una vez el Padre tuvo que intervenir personalmente para poner remedio a las falsedades que divulgaban en aquellos hogares»<sup>13</sup>.

Fue esta dura contradicción la que dio lugar a la primera aprobación del Opus Dei como Pía Unión, el 19 de marzo de 1941. Comenta Álvaro del Portillo que «para deshacer aquellas calumnias, don Leopoldo Eijo y Garay, obispo de Madrid, que ya había intervenido repetidamente de palabra en la defensa del Opus Dei y de su Fundador, decidió comprometer su propia autoridad, y para disipar los equívocos quiso dar una aprobación escrita a la Obra. Con este fin pidió al Padre una copia de los Reglamentos».

Posiblemente responde a esta petición del obispo de Madrid el recuerdo que refleja José Orlandis en sus memorias: «de aquellos años 1940-1942 guardo

<sup>13</sup> *Ibidem*, pág. 118-119. A este respecto cuenta lo siguiente: «En una ocasión, fray José López Ortiz, agustino, que más tarde sería Obispo de Tuy-Vigo, y arzobispo castrense de España, y que era entonces el confesor ordinario de nuestra residencia de Diego de León en Madrid, le entregó al Padre una copia de un “dossier reservado” sobre la Obra y su Fundador: los servicios de información de la Falange lo habían hecho llegar a las autoridades locales, y a López Ortiz se lo facilitó una persona de su confianza. Aquel documento rebosaba de calumnias atroces y significaba el comienzo de otra campaña difamatoria contra el Fundador. Recogía todas las maledicencias divulgadas con anterioridad. Yo asistí a aquella entrevista y confirmé lo que testimonia fray José: «Cuando Josemaría terminó la lectura, al ver mi pena, se echó a reír y me dijo con heroica humildad: “No te preocupes, Pepe, porque todo lo que dicen aquí, gracias a Dios, es falso: pero si me conociesen mejor, habrían podido afirmar con verdad cosas mucho peores, porque yo no soy más que un pobre pecador, que ama con locura a Jesucristo”. Y en lugar de romper esa sarta de insultos, me devolvió los papeles para que mi amigo los pudiera dejar en el ministerio de la Falange, de donde los había cogido: “ten, me dijo, y dáselo a ese amigo tuyo, para que pueda dejarlo en su sitio, y así no le persigan a él”». Ver también J. ORLANDIS, *Años de juventud*, cit., pp. 161-182, y S. BERNAL, *Mons. Escrivá de Balaguer. Apuntes sobre la vida del Fundador del Opus Dei*, Madrid 1980, pp. 271-287.

la imagen de una escena que presencié más de una vez: el Padre en su dormitorio de Diego de León y frente a él, en otro sillón, don José M<sup>a</sup> Bueno Monreal, el futuro Arzobispo de Sevilla, entonces experto oficial en Cánones de la diócesis de Madrid. Los dos tenían en la mano un Código de Derecho Canónico y discurrían sobre un posible “encaje” de la Obra en el Código, aunque se tratara de una solución provisional y a corto plazo»<sup>14</sup>.

Y el Beato Josemaría, en octubre de 1940 comienza a dar sus clases Ética general y moral profesional en los “Cursillos de especialización para periodistas”. Pedro Gómez Aparicio, secretario de aquel primer curso, comenta en un artículo conmemorativo de la Escuela Oficial de Periodismo: «Por aquellos días de 1940, don José María Escrivá, que había estudiado el doctorado de Leyes en la Universidad de Madrid, era un joven sacerdote aragonés —había nacido en 1902— ya rodeado de una cierta popularidad en los ambientes estudiantiles y obreros madrileños, que frecuentaba con predilección. Había fundado algunos años antes la sociedad Opus Dei, aún poco conocida como no fuese entre los todavía escasos asociados, pero ya circulaba con profusión su librito “Camino”. Quien sabía, acaso por antiguos vínculos de amistad familiar, de sus virtudes, de su ciencia y de sus dotes para la enseñanza era el director general de Prensa, Jiménez Arnau, el cual le encomendó la cátedra de Ética profesional y Deontología»<sup>15</sup>. Y en otro artículo: «Pienso que su participación [...] no había sido ni casual ni esporádica, porque daba a la prensa toda la trascendencia que como hecho social le corresponde»<sup>16</sup>.

En cualquier caso hubo también una razón de obediencia al Obispo de Madrid en la aceptación de esta tarea docente. En una carta del Beato a Enrique Jiménez Arnau escribía: «He recibido el nombramiento de profesor de la Escuela de Periodismo. Te lo agradezco, y, como mi Señor Obispo de Madrid tiene empeño especial en que me encargue de esas lecciones, lo haré con gusto»<sup>17</sup>.

<sup>14</sup> J. ORLANDIS, *Años de juventud*, cit., p. 98.

<sup>15</sup> P. GÓMEZ APARICIO, en su artículo *Termina la Escuela Oficial de Periodismo* en «La Hoja del Lunes» de Madrid, de 14 de julio de 1975.

<sup>16</sup> P. GÓMEZ APARICIO, *Por los caminos de la santidad* en «La Vanguardia», Barcelona, de 21 de julio de 1976.

<sup>17</sup> Carta documentada en el Instituto de Estudios Josemaría Escrivá de Balaguer, de la Universidad de Navarra (España), EF-410122-1.

## 2. CAPACIDAD DE DIÁLOGO, AMOR POR LA PROFESIÓN PERIODÍSTICA. ALGUNOS TESTIMONIOS PERSONALES SOBRE EL BEATO JOSEMARÍA COMO PROFESOR DE DEONTOLOGÍA PERIODÍSTICA

Para quienes nos dedicamos al ámbito de la Ética y Derecho de la Información en Facultades o Escuelas de Comunicación, las enseñanzas del Beato acerca de la veracidad y de la responsabilidad profesional de las que hablaba en sus clases tienen una singular riqueza: no proceden de la reflexión teórica desde postulados del derecho, o del análisis de los códigos deontológicos —ya generalizados en aquellos años cuarenta<sup>18</sup>—, sino de una excepcional valoración de la profesión periodística. Excepcional por lo que tiene de reconocimiento y de visión amplia, abierta y dialogante de las actividades profesionales de la comunicación, pero sobre todo por la apertura de horizonte sobrenatural con que las vislumbra.

Escribe uno de sus alumnos de Ética general y moral profesional, Enrique del Corral Vázquez<sup>19</sup>:

«Sus clases eran tan sugestivas que rara vez los alumnos no asistían. A sus clases y a las de Historia de Jesús Pavón no faltaba nadie. No ocurría así en otras asignaturas».

Si se me permite un comentario: estos estudiantes tenían unas señas de identidad probablemente muy distintas a las de los que hoy pasan por las aulas de las escuelas de periodismo —alumnos casi siempre jóvenes, muchas veces sin una experiencia profesional, con un ingenuo idealismo bajo un maquillaje de «estoy de vuelta de todo»—. Aquellos eran profesionales de diferentes edades y oficios, que acudían a clase a partir de las seis de la tarde, un horario que les permitía compatibilizar sus estudios con el trabajo; y, lo más determinante, acababan de sufrir la tragedia de una guerra civil.

Continúo con el testimonio: «Nos decía con frecuencia que debíamos ser fuertes en el fondo y dúctiles en la forma, siempre abiertos al diálogo».

Afirmación que no cabe interpretar en clave política; de los testimonios estudiados se deduce que a todos les resultaba evidente que el Beato se refería

<sup>18</sup> N.A. CRAWFORD, (*The Ethics of Journalism*, Vall-Ballou Press, New York, 1924), transcribe ya catorce códigos éticos de periódicos estadounidenses; en Europa, el testimonio más importante de la creciente preocupación por la deontología periodística es la *Carta Profesional del periodista*, aprobada por el Sindicato Nacional de Periodistas Franceses en 1918 y actualizada y reformada en 1939. Recogida entre otros por P. AUVRET, *Les Journalistes. Statut, Responsabilités*, ed. Delmas, París 1994, pp. 54-55.

<sup>19</sup> Testimonio documentado en el Instituto de Estudios Josemaría Escrivá de Balaguer, de la Universidad de Navarra (España), T-04211.



con estas palabras a que debían tener un talante personal de apertura y respeto a los demás, de rechazo de cualquier intolerancia.

«D. Josemaría tiene en su haber la concepción de un nuevo periodismo, distinto del que hasta entonces se realizaba, claustral, solemne. Nos imprimió una ética profesional más clara, más abierta, más alegre y más luminosa [...].

Tenía un alto concepto de la dignidad profesional informativa.

Las clases eran muy ajenas a la típica lección magistral, más que una clase era un diálogo. Allí no había estrado. Conseguía lo que yo denomino en argot televisivo “romper pantalla”. Cuando hablaba hacía ver la importancia de lo que decía, no porque él lo decía, sino porque la cosa la tenía de por sí. No era de esos profesores que consideran que todo lo que dicen es importante, por el solo hecho de ser ellos quienes lo dicen [...].

A mí me parecía imposible que quien fundó el Opus Dei fuera aquel hombre tan sencillo, tan tierno, tan lleno de humanidad; aquel que nos hablaba de tú a tú, que parecía que nos hablaba a cada uno personalmente y no a la clase».

Pedro Gómez Aparicio<sup>20</sup>, como secretario de la Escuela, recuerda al Beato Josemaría entre los profesores:

«Supongo que aún perdura el recuerdo de don José María entre los que fueron sus alumnos. Su trato era sencillo, respetuoso y afable; su carácter abierto, optimista y generoso, siempre dispuesto a un diálogo cordial. Creo que hubiera sido un gran periodista de no absorberle sus actividades apostólicas. Lo comprobé en un almuerzo que el entonces embajador cerca de la Santa Sede, Joaquín Ruiz-Giménez, ofreció en Roma [...]. Estuvimos —don José María y yo— juntos en la mesa. Y la conversación —fulgurante, ingeniosa y amena— de monseñor Escrivá recayó en buena parte sobre sus añoranzas de la escuela, sobre las cualidades de todos sus discípulos y sobre un periodismo al que entrañablemente amaba y cuya trascendencia en la vida moderna encarecía».

«La prensa, para él, es un vehículo de cultura y de ideas, pero principalmente un modo de servir —siempre en sus labios la palabra ‘servicio’— al perfeccionamiento de la sociedad. El problema de la prensa no es tanto cuantitativo como cualitativo. El periodista ha de basarse en lo profesional, en un concepto claro de una responsabilidad ardientemente profesada y ejercida»<sup>21</sup>.

Señalo algunos de los aspectos recurrentes de estos testimonios:

— «Las clases eran muy ajenas a la típica lección magistral, más que una clase era un diálogo»;

<sup>20</sup> En su artículo *Termina la Escuela Oficial de Periodismo*, cit.

<sup>21</sup> Artículo *Por los caminos de la santidad*, cit.



- «Nos decía con frecuencia que debíamos (estar) [...] siempre abiertos al diálogo»;
- «Su trato era sencillo, respetuoso y afable; su carácter abierto, optimista y generoso, siempre dispuesto a un diálogo cordial»;
- «un periodismo al que entrañablemente amaba y cuya trascendencia en la vida moderna encarecía»;
- «porque daba a la prensa toda la trascendencia que como hecho social le corresponde»;
- «La prensa, para él, es un vehículo de cultura y de ideas, pero principalmente un modo de servir —siempre en sus labios la palabra ‘servicio’— al perfeccionamiento de la sociedad»;
- «El periodista ha de basarse en lo profesional, en un concepto claro de una responsabilidad ardientemente profesada y ejercida».

Pienso que estas enseñanzas tenían que sorprender en el mundo periodístico de la España de la inmediata posguerra, en el que el tono panfletario, de visión única de la realidad, había invadido todas las redacciones de la prensa y de la radio<sup>22</sup>. En mi opinión, lo que el Beato Josemaría promovía entre aquellos estudiantes de periodismo se corresponde mucho más con el tono afirmativo de existencia y consistencia de la profesión periodística del famoso *The Journalist's Creed*, de Walter Williams<sup>23</sup>, que con cualquiera de los planteamientos estricta-

<sup>22</sup> En el régimen franquista, la prensa se concibió como una institución más del poder político; resulta revelador —entre otros documentos— el texto que se publicó en el *Anuario de la Prensa Española* (editado por la Dirección General de Prensa, 1945-1946): «“La Prensa Nacional” aparece ya incorporada al cuadro de poderes del Estado. No se podía, añadamos, blasonar de “cuarto poder” ni ejercerlo, como consecuencia, en línea y grado no coincidentes con los poderes y fines estatales. Por si sus anteriores desviaciones no hubiesen sido concluyentes, la idea inspiradora medular del Movimiento no podía dejar en manos de la iniciativa particular, en la libre concurrencia del mercado de la noticia, una fuerza vital y necesaria en el trazado político que permitiese a España seguir desenvolviéndose como nación. La Prensa queda vinculada a la Nación como institución necesaria: la institución del servicio público de la noticia. Su emplazamiento entra en la esfera de la Administración del Estado, al igual de otros servicios públicos. La Nación tiene derecho al servicio de una prensa objetiva, veraz y colaboradora de los fines del Movimiento, que son los del Estado español [...]», transcrito en C. BARRERA, *El periodismo español en su historia*, Barcelona 2000, p. 189.

<sup>23</sup> Más que con los principios o con la ideología que contiene el “Credo de los periodistas”, la conexión que establezco tiene que ver con la alta valoración que se hace del periodismo y con la visión positiva que se adopta. Un reconocimiento y una visión que muy pocos, fuera de la profesión, tenían en esos momentos. Walter Williams fue un veterano periodista de Missouri (Estados Unidos) elegido por la Asociación de la Prensa de ese Estado para ser el primer decano de la Escuela de Periodismo de la Universidad de Missouri, entre 1908 y 1935 (es la primera universidad que imparte estudios de Periodismo). Su credo de los periodistas

mente deontológicos<sup>24</sup> que se estilaban en la época, sin entrar a describir el sistema legal español sobre prensa e imprenta que venía a ser una negación de los principios más básicos del periodismo.

es uno de los símbolos clásicos del buen hacer de la profesión. En la actualidad, la Escuela de Periodismo de la Universidad de Missouri continúa distribuyéndolo en hojas sueltas promocionales, como insignia del verdadero periodismo:

“I believe in the profession of journalism.

I believe that the public journal is a public trust; that all connected with it are, to the full measure of their responsibility, trustees for the public; that acceptance of a lesser service than the public service is betrayal of this trust.

I believe that clear thinking, and clear statement, accuracy, and fairness are fundamental to good journalism.

I believe that a journalist should write only what he holds in his heart to be true.

I believe that suppression of the news for any consideration other than the welfare of society is indefensible.

I believe that no one should write as a journalist what he would not say as a gentleman; that bribery by one's own pocketbook is as much to be avoided as bribery by the pocketbook of another's instruction or another's dividends.

I believe that advertising, news, and editorial columns should alike serve the best interests of the readers; that a single standard of helpful truth and clearness should prevail for all; that the supreme test of journalism is the measure of its public service.

I believe that the journalism which succeeds best —and the best deserves success— fears God and honours man; is stoutly independent, unmoved by pride of opinion, or greed of power; constructive, tolerant, but never careless; selfcontrolled, patient, always respectful of its readers, always unafraid; is quickly indignant at injustice; is unswayed by the appeal of privilege, or the clamour of the mob; seeks to give every man a chance, and, as far as law and honest wages and recognition of human brotherhood can make it so, an equal chance; is profoundly patriotic, while sincerely promoting international good will, and cementing world comradeship; is a journalism of humanity, of and for today's world». Versión recogida en A. KNOFF, *The Ethics of journalism* (Vall-Ballou Press, New York 1924), pp. 239-240.

<sup>24</sup> Uno de los textos representativos es la mencionada Carta Profesional del periodista, aprobada por el Sindicato Nacional de Periodistas Franceses en 1918 y actualizada y reformada en 1939; consiste en un catálogo de acciones que deben evitarse; aunque deja traslucir la dignidad de la profesión periodística, la empaña con el elenco de riesgos, abusos e insuficiencias en los que se insiste: «Un journaliste digne de ce nom prend la responsabilité de tous ses écrits; tient la calomnie, les accusations sans preuve, l'alteration des documents, la déformation des faits, le mensonge, pour les plus graves fautes professionnelles; ne reconnaît que la juridiction de ses pairs, souverains en matière d'honneur professionnel; n'accepte que des missions compatibles avec la dignité professionnelle; s'interdit d'invoquer un titre ou une qualité imaginaire, d'user de moyens déloyaux, pour obtenir une information ou surprendre la bonne foi de quiconque; ne touche pas d'argent dans un service public ou une entreprise privée où sa qualité de journaliste, ses influences, ses relations soient susceptibles d'être exploitées; ne signe pas de son nom des articles de réclame commerciale ou financière; ne commet aucun plagiat; cite les confrères dont il reproduit un texte quelconque; ne sollicite pas la place d'un confrère ni ne provoque son renvoi en offrant de travailler à des conditions

### 3. EL EJERCICIO DEL PERIODISMO: CAMINO DE SANTIDAD. UNA ENSEÑANZA DEL BEATO JOSEMARÍA A SUS ALUMNOS DE LOS “CURSILLOS”

Pero la visión de la actividad periodística del Beato Josemaría era excepcional sobre todo por el horizonte sobrenatural que abría a quienes lo desempeñaban. Escribe Enrique del Corral Vázquez:

«Nos hablaba frecuentemente de la vocación profesional como llamada divina. Comparaba la vocación periodística con la sacerdotal en el sentido de que ambas suponían un servicio a lo que Dios quería. Nos instaba a mirar y a transformar el periodismo desde esta perspectiva y nos hacía ver la responsabilidad que en ella teníamos. Repetía con frecuencia que no debíamos comportarnos como personas que habíamos caído en el periodismo desde un paracaídas, sino que debíamos ser un fermento que tenía que transformar las redacciones [...]».

Era impensable en ese momento —y todavía hoy resulta osada— la comparación del periodismo con el sacerdocio. Sin embargo, como el mismo Beato Josemaría enseñaría entonces y en multitud de ocasiones posteriores es la verdad cristiana la que ilumina el sentido más profundo de todas las actividades humanas:

«[...] puedo decir que necesita nuestra época devolver —a la materia y a las situaciones que parecen más vulgares— su noble y original sentido, ponerlas al servicio del Reino de Dios, espiritualizarlas, haciendo de ellas medio y ocasión de nuestro encuentro continuo con Jesucristo.

«[...] Son muchos los aspectos del ambiente secular, en el que os movéis, que se iluminan a partir de estas verdades. Pensad, por ejemplo, en vuestra actuación como ciudadanos en la vida civil. Un hombre sabedor de que el mundo —y no sólo el templo— es el lugar de su encuentro con Cristo, ama ese mundo, procura adquirir una buena preparación intelectual y profesional, va formando —con plena libertad— sus propios criterios sobre los problemas del medio en el que se desenvuelve; y toma, en consecuencia, sus propias decisiones [...]»<sup>25</sup>.

Sin lugar a dudas, con la comparación del periodismo —y del ejercicio de cualquier actividad humana honesta— con el sacerdocio, el Beato Josemaría hacía alusión a la dimensión más digna y dignificante del quehacer periodístico,

inférieures; garde le secret professionnel; n'use pas de la liberté de la presse dans une intention intéressée; revendique la liberté de publier honnêtement ses informations; tient le scrupule et le souci de la justice pour des règles premières; ne confond pas son rôle avec celui du policier».

<sup>25</sup> Homilía *Amar al mundo apasionadamente*, pronunciada en el campus de la Universidad de Navarra el 8 de octubre de 1967, publicada en *Conversaciones*, 114-116.

aquella que le permite no doblegarse ante los condicionantes económicos, políticos, o de cualquier otro tipo: la dimensión de servicio a los demás mediante la difusión de la verdad informativa, respetando la dignidad personal de todos. Dimensión esencial del periodismo, camino de santidad para el cristiano profesional de la información.

Está claro que Josemaría Escrivá no mira al periodismo como una plataforma propagandística del catolicismo. Lo ve como una profesión con identidad propia, con unas características de buen hacer que son las que definen su papel en la vida social, y ese buen hacer tiene como centro —así lo veía Josemaría Escrivá— la verdad informativa.

#### 4. VERDAD INFORMATIVA Y CAMPAÑAS DIFAMATORIAS

Pero hay un hecho que coincide en el tiempo con su dedicación a las clases de deontología y que, para quien enseñaba sobre el recto quehacer periodístico, tuvo que suponer una situación, cuando menos, paradójica además de dolorosa. El Opus Dei sufrió una campaña difamatoria —campaña porque fue un acontecimiento organizado— durante esos años 40-41; en décadas posteriores se irán repitiendo las críticas y malentendidos con diversas voces y motivos, planteados con más o menos inteligencia, en un solo país o en varios simultáneamente, y en la medida en que los medios de comunicación han venido a ser los configuradores determinantes de la opinión pública han sido también protagonistas de primera fila de estos avatares.

El Beato Josemaría tenía los pies en la tierra. No ignoró ni de dónde venía aquella avalancha de calumnias, ni el propósito de quienes las difundían —hasta el punto de que él mismo hablaría de una “contradicción de los buenos”, señalando que algunos le calumniaban pensando que prestaban un servicio a la Iglesia—. Sufrió. Hay numerosos testimonios de este hecho. En ningún momento reflejó rencor; ni en la convivencia cotidiana con sus hijos en aquellos años, ni en su enseñanza en los Cursos de Especialización de Periodismo, ni siquiera —como podría ser lógico a modo de desahogo— con algunos amigos suyos que tenían en esos años una gran influencia en el periodismo español.

No está datada esta conversación que transcribe Manuel Aznar, quien durante muchos años fue considerado el mejor periodista del país y que tuvo una larga amistad con el Beato Josemaría; posiblemente fuera cercana a estos primeros años del cuarenta. El periodista hace alusión a las incomprensiones que sufrió el Beato, al mismo tiempo que deja entrever lo que percibió como constantes de la conducta de Josemaría Escrivá: su respeto a la libertad de los demás, y a su dignidad, también en una dimensión hacia la que el Beato era muy sensible: la de no

permitir que ningún criterio utilitarista —ni siquiera de defensa personal ante la difamación— distorsionara su amistad. En un artículo publicado en el periódico *La Vanguardia* del 6 de julio de 1975, apenas diez días tras la muerte del Fundador del Opus Dei y titulado *Amigo de la libertad*<sup>26</sup>, Manuel Aznar escribió:

«Otra vez (también se hallaba presente el querido Ramón Matoses en esta conversación) como me invitara a decirle mi leal parecer sobre las actividades del Opus Dei, me permití exponerle.

— Creo que eres un personaje casi desconocido. [...] Imagina los problemas que a tu Obra se le han de presentar tratándose de discípulos que viven en el centro de las pasiones del mundo [...]. ¡La santidad, o el anhelo de santidad en el libre juego y rejuego de las tempestuosas luchas humanas...! ¡Es extraordinario lo que propones a quienes te siguen!

— Pues así ha de ser; y no de otro modo.

— Por eso corres el riesgo de parecer ahora mismo, y continuar pareciendo durante mucho tiempo, una personalidad desconocida, un ignorado por deformación ajena, un enigma, un ser un poco misterioso.

— Eso no importa, mientras avancemos en la promoción de la libertad humana y en la buena concertación de lo natural y lo sobrenatural.

Así solía hablar don Josemaría Escrivá de Balaguer. Ese era su ámbito de vida, de amor y de esperanza.»

Amor a la libertad, escribe Manuel Aznar, y junto a ese rasgo tan presente en la visión del periodismo del Beato Josemaría, otro inseparablemente unido: la capacidad de diálogo:

— «Nos decía con frecuencia que debíamos (estar) [...] siempre abiertos al diálogo».

— «Su trato era sencillo, respetuoso y afable; su carácter abierto, optimista y generoso, siempre dispuesto a un diálogo cordial».

Ese era el Beato Josemaría en las clases de aquellos Cursos Especializados de Periodismo, tal y como lo testimonian quienes compartieron con él aula, claustro y amistad.

«Jesús Señor Nuestro amó tanto a los hombres, que se encarnó, tomó nuestra naturaleza y vivió en contacto diario con pobres y ricos, con justos y pecadores, con jóvenes y viejos, con gentiles y judíos.

Dialogó constantemente con todos: con los que le querían bien, y con los que sólo buscaban el modo de retorcer sus palabras, para condenarle.

—Procura tú comportarte como el Señor».

<sup>26</sup> M. AZNAR, *Amigo de la Libertad* en vol. col. *Así le vieron. Testimonios sobre Mons. Escrivá de Balaguer*, Madrid 1992, pp. 25-32. Artículo publicado en «*La Vanguardia*», Barcelona, 6-7-75.

Muchos de los escritos del Fundador del Opus Dei reflejan experiencias personales. Y esto es lo que escribe en el punto de *Forja* que acabamos de transcribir, el 558.

Tenía los pies en la tierra y amaba el periodismo porque veía la gran tarea en favor de la libertad y de la dignidad humana a que la comunicación social está llamada. En una entrevista publicada en la “Gaceta Universitaria” de Madrid, describe con agudeza magistral un panorama realista de la actividad periodística; es una visión, si se quiere, descarnada de las principales insuficiencias de la profesión, pero a la vez su realismo está abierto a la esperanza. Porque en último término, qué sea el periodismo está en manos de sus profesionales.

«Es una gran cosa el periodismo, también el periodismo universitario. Podéis contribuir mucho a promover entre vuestros compañeros el amor a los ideales nobles, el afán de superación del egoísmo personal, la sensibilidad ante los quehaceres colectivos, la fraternidad. Y ahora, una vez más, no puedo dejar de invitaros a amar la verdad.

«No os oculto que me repugna el sensacionalismo de algunos periodistas, que dicen la verdad a medias. Informar no es quedarse a mitad de camino entre la verdad y la mentira. Eso ni se puede llamar información, ni es moral, ni se pueden llamar periodistas a los que mezclan, con pocas verdades a medias, no pocos errores y aun calumnias premeditadas: no se pueden llamar periodistas, porque no son más que el engranaje —más o menos lubricado— de cualquier organización propagadora de falsedades, que sabe que serán repetidas hasta la saciedad sin mala fe, por la ignorancia y la estupidez de no pocos. Os he de confesar que, por lo que a mí toca, esos falsos periodistas *salen ganando*: porque no hay día en el que no rece cariñosamente por ellos, pidiendo al Señor que les aclare la conciencia.

«Os ruego, pues, que difundáis el amor al buen periodismo, que es el que no se contenta con los rumores infundados, con los *se dice* inventados por imaginaciones calenturientas. Informad con hechos, con resultados, sin juzgar las intenciones, manteniendo la legítima diversidad de opiniones en un plano ecuánime, sin descender al ataque personal. Es difícil que haya verdadera convivencia donde falta verdadera información; y la información verdadera es aquella que no tiene miedo a la verdad y que no se deja llevar por motivos de medro, de falso prestigio, o de ventajas económicas»<sup>27</sup>.

<sup>27</sup> Entrevista de Andrés Garrigó, en «Gaceta Universitaria» (Madrid), 5-4-1967, publicada también en *Conversaciones*, 86.

En otra entrevista realizada por el corresponsal de «Time» de Nueva York, Peter Forbath, y publicada el 15-4-1967 (también en *Conversaciones*, 30) se refiere en concreto a la difamación sufrida en momentos sucesivos: «No hay sin embargo que extrañarse de que de vez en

## 5. SU APORTACIÓN AL PERIODISMO

El Beato Josemaría con su mensaje de «la santidad es para todos» ha contribuido de manera única a redescubrir la perspectiva cristiana de las actividades temporales. Comprender que «el mundo —y no sólo el templo— es el lugar de [...] encuentro con Cristo»<sup>28</sup>, que la específica competencia profesional, la formación de los propios criterios sobre el medio en que uno se desenvuelve, el ejercicio de la libertad y la responsabilidad individual en cualquier actividad —lógicamente también en la profesional periodística—, todo eso es camino que Dios quiere que recorramos para construir un mundo —y un periodismo— más humano, fue la clave de su docencia en los Cursos Especializados de Madrid, y es también el centro de la espiritualidad laical que el Opus Dei difunde por el mundo.

El amor a la libertad, a la verdad, la defensa del respeto a la dignidad del ser humano que Josemaría Escrivá ha transmitido nos ha ayudado a numerosos profesionales del periodismo y de la comunicación a ser especialmente sensibles ante las situaciones de injusticia que se producen en el ejercicio periodístico del día a día; en definitiva, pienso que el Beato Josemaría ha promovido un entendimiento de las actividades profesionales de la comunicación como un gran medio para la convivencia social en libertad.

cuando alguien renueve los viejos mitos: porque procuramos trabajar por Dios, defendiendo la libertad personal de todos los hombres, siempre tendremos en contra a los sectarios enemigos de esa libertad personal, sean del campo que sean, tanto más agresivos si son personas que no pueden soportar ni la simple idea de religión, o peor si se apoyan en un pensamiento religioso de tipo fanático. No obstante, son mayoría —por fortuna— las publicaciones que no se contentan con repetir cosas viejas, y falsas; que tienen clara conciencia de que ser imparciales no es difundir algo a mitad de camino entre la realidad y la calumnia, sin esforzarse por reflejar la verdad objetiva. Personalmente pienso que también es *noticia* decir la verdad, especialmente cuando se trata de informar de la actividad de tantas personas que, perteneciendo al Opus Dei o colaborando con él, se esfuerzan, a pesar de los errores personales —yo los tengo y no me extraño de que también los tengan los demás—, por realizar una tarea de servicio a todos los hombres. Desmontar un falso mito es siempre interesante. Considero que es un deber grave del periodista documentarse bien, y tener su información al día aunque a veces eso suponga cambiar los juicios hechos con anterioridad. ¿Es tan difícil admitir que algo sea limpio, noble y bueno, sin mezclar absurdas, viejas y desacreditadas falsedades?».

<sup>28</sup> *Amar al mundo apasionadamente*, en *Conversaciones*, 116.